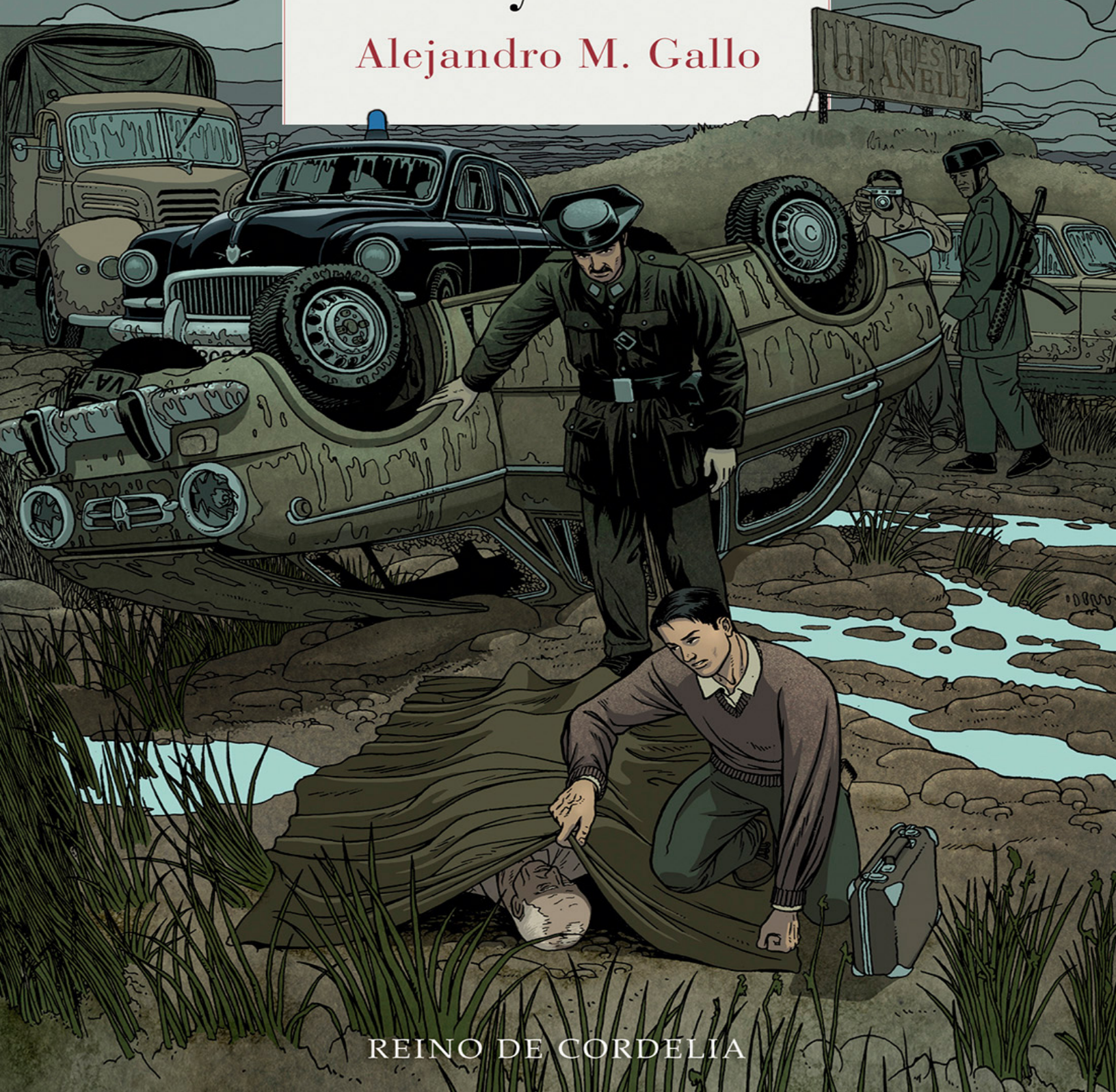


La Muerte Abrió la Leyenda

Alejandro M. Gallo



REINO DE CORDELIA

69

La Muerte Abrió la Leyenda



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2016

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24
28003 Madrid

© Alejandro M. Gallo, 2016

Esta novela ha sido galardonada en el certamen CASTELLÓN LETRAS DEL MEDITERRÁNEO, promovido por el Área de Cultura de la Excelentísima Diputación Provincial de Castellón, en la primavera de 2016

Sobrecubierta: © Miguel Navia, 2016
Cubierta: Imágenes de Amado Granell al frente de las tropas aliadas que liberaron París de la ocupación nazi en 1944

ISBN: 978-84-15973-82-9
eISBN: 978-84-18141-61-4
Depósito legal: M-16473-2016
IBIC: FA

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Zamart
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Muerte Abrió la Leyenda

Alejandro M. Gallo



Índice

Capítulo 0	La entrevista
Capítulo 1	Vocación policial
Capítulo 2	Cafés Granell
Capítulo 3	El consulado francés
Capítulo 4	Black Friday Night, 1:50, A.M.
Capítulo 5	Soldado de la libertad
Capítulo 6	Buscando una trinchera
Capítulo 7	A la muerte se la recibe en traje
Capítulo 8	Black Friday Night, 2:55, A.M.

	Capítulo 9
Veintitrés a uno a que abandonas la Policía	
	Capítulo 10
Sacudir la indiferencia	
	Capítulo 11
Horas de ronda	
	Capítulo 12
La conexión italiana	
	Capítulo 13
Black Friday Night, 4:50, A.M.	
	Capítulo 14
El día decisivo	
	Capítulo 15
Septuagésimo cuarto día en la Policía	
	Capítulo 16
Black Friday Night, The End. Vallekas amanece	
	<i>Agradecimientos</i>

A mis entrañables Pedro Tejada
y David G. Panadero, por su
inquebrantable complicidad.

Consciente, deliberadamente, esperó la muerte.

Y cuando llegó, la saludó fría, serena, estoicamente...

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

La Historia es la percha sobre
la que cuelgo mis novelas.

ALEJANDRO DUMAS

CAPÍTULO 0

La entrevista

¡*CAGÜEN* MI MANTO! Una entrevista para mejorar la imagen del Cuerpo, dijo el mamarracho del jefe. Sí, seguro que será por eso. Buf, las entrevistas en las cadenas importantes las realiza él o alguien de los asignados al Departamento de Prensa, pero, claro, si la entrevista es en una emisora de barrio y a la una de la madrugada, pues en ese caso que vaya el payaso de Gorgonio. Total, se va a jubilar dentro de poco —eso piensan ellos, pero a mí me parece que ese día no llegará jamás—. Y aquí estoy, en un taxi que culebrea por las calles sin encontrar mi destino.

Me da igual si es de día o de noche, sigo sumergido en un mundo que cada vez comprendo menos, si es que alguna vez lo llegué a entender. Ahora nos dicen que lo importante es una buena campaña publicitaria, vender imagen. Ya no interesan los resultados ni resolver los problemas de la gente ni aquellos valores como la honestidad, la integridad, la lealtad... Todo, ahora, es papel mojado, propio de *taraos*. Ay, el viejo sabio Santos Discépolo no ha muerto, ni su grandísimo tango *Cambalache*. Ambos recorren en espiral nuestra historia, en un eterno retorno. Hoy, lo primordial es el simulacro. Vivimos en un tiempo y una realidad donde el simulacro inunda nuestras vidas. No hay que ser honesto,

basta con parecerlo. Vamos, que si no pareces puta, no lo eres. Si no pareces un cabrón de tomo y lomo, pues tampoco lo eres. El mundo desarrollado se ha convertido en una gran Disneylandia. Y las cabezas más sesudas han bautizado a este periodo: posmodernidad. ¡Vaya nombrecito!

A mis años me basta sentarme en un banco de cualquier parque y observar a los transeúntes para comprender que solo la risa nos puede salvar de nosotros mismos y de los demás. Mira, ahí pasa un grupo de orientales con mascarillas en la boca y las fosas nasales. Hala, África entera se ha quedado sin agua potable y Occidente, sin aire puro, pero lo trascendental es vestir nuestra mascota con ropa de marca; y si en este país se desaloja a la gente de sus casas, se ofrece trabajo a cambio del menú del día y se rescata a los bancos, pues eso no es sustancial, lo decisivo es hacerse *selfies* con esos palos largos atados a los iphones de última generación. Me he vuelto viejo, soy un dinosaurio en esta puñetera posmodernidad.

¡Leches! Ahora nos adentramos en una zona desangelada. ¿Dónde estaremos? Hala, el taxi se detiene en medio de una calle con menos iluminación que una bodega de vino, frente a un edificio de fachada rojiza, tal vez construido en la época del desarrollismo franquista de finales de los sesenta.

—Creo que es aquí —escupe el taxista, pegando la nariz al parabrisas y girando los ojos para todos los lados.

—¿Cree o sabe? —pregunto intrigado.

—¿Cómo dice?

Lo que sospechaba: un interrogante demasiado elevado para él. Y con gesto de extrañeza me indica:

—Déjeme ver de nuevo la tarjeta.

Se la entrego. Enciende la luz del interior del vehículo, se calza unas gafas en la punta de la nariz y dice en voz

alta:

—Calle Puerto de Milagro... Sí, es esta. Hasta mi GPS lo confirma. Hemos llegado...

—De milagro.

—¿Cómo dice? —inquire, al tiempo que me devuelve la tarjeta.

—Nada, nada, cosas mías. ¿Qué le debo?

Pago la carrera y le pido la factura, la que tardarán tres meses en abonarme los chupatintas del Departamento de Contabilidad.

Miro el reloj: las doce y media de la noche. Nadie en la calle, salvo las estrellas, la luna y un gilipollas, el que suscribe. A estas horas de los viernes, ya estaba yo tumbado en el sofá del salón con un cubata en la mano, dándome un homenaje para recibir el fin de semana. Pero no, hoy no, hoy estoy en misión peligrosísima buscando una emisora de radio en medio de este erial. Buf, leamos de nuevo la tarjeta bajo la ridícula luz de esta farola: «Radio Vallekas. Calle Puerto de Milagro, 6». Sí, ahí veo el portal. Vamos a ello.

Espera un momento, Gorgonio. Antes un cigarrito, que ahí adentro no se podrá fumar. Una calada. ¡Ups, qué placer! Así engraso mis neuronas negras antes de enfrentarme al rollo de la entrevista, en la que me tocará vender imagen: que somos muy buenos, que acertamos siempre, que el policía es tu amigo, que estamos donde nos necesitan, que no reprimimos, que ayudamos a la gente... Pero ¿quién cojones se va a creer esas sandeces? Otra calada. «No se olvide de repetir hasta la saciedad que estamos para servir a la gente», me indicó el mamarracho del jefe. Je, para *servir*. Última calada y colilla al suelo. Hala, al toro, a vender imagen, al simulacro posmoderno.

Toco dos veces el timbre situado bajo la pegatina que me anuncia el estudio. La puerta se abre sin preguntar quién

ha llamado. Seguro que me vigilan por esas cámaras interiores. Me adentro.

Menos mal, el portal está bien iluminado. A ver cómo carajo denominan a este programa en el que me entrevistarán: Black Friday Night. Buf, esto de «Friday» no sé por qué me suena a rebajas. En fin, veamos por quién he de preguntar: «Conducen Lorena y David». ¿Conducen? Espero que no sea una interviú en movimiento.

Esa puerta... ¿Qué pone el letrero? «RVK, 107.5 FM». Debe ser aquí. Está entreabierta.

—Pase, comisario Gorgooniooooo —exclama una voz que ignoro de dónde procede y que parece emitida desde un megáfono.

Un hall con dos sillas y una mesita, sobre la que descansan varios periódicos de *VallecasVa*. Un largo pasillo oscuro que finaliza en una sala con luz blanquecina. Será de esas modernas que llaman de led. Consumen poco e iluminan mucho, dice la publicidad. Otro simulacro, pues son más caras.

¡Leches! Ese olor... Aquí fuman y, por el aroma, no precisamente tabaco.

Recorro con precaución este corredor, que no será el de la muerte, pero parece el de la soledad, que es peor. Llego al final: ante mí, una sala iluminada y acristalada. Detrás del vidrio, dos habitáculos: en el de la derecha, un tipo rubio platino, pequeño y esmirriado maneja una maquinaria demasiado compleja para mi entender; a la izquierda, dos jóvenes, chico y chica, con auriculares amarillos tapándoles las orejas. De repente, el chico deja sus cascos encima de la mesa y sale a mi encuentro. Es enorme, pelirrojo y lleva puesto un Fedora. Ya veo que se toman muy en serio esto del *noir*.

—Bienvenido a Black Fryday Night, comisario. Soy David —se presenta, y yo reconozco a la voz megáfono.

Me tiende la mano y se la acepto sin pronunciar palabra. Buf, vaya mano, del tamaño de un guante de boxeo. Más que David parece Goliat.

—Ahí está mi compañera Lorena, criminóloga y asesora del programa.

La muchacha, delgada y morena, me saluda desde detrás del cristal con una inclinación de la cabeza.

—En la cabina de control nos acompaña Chus. Es el que controla los tiempos, coloca la música y la publicidad, de la que vivimos.

El esmirriado alza el pulgar a modo de saludo.

—Es un honor para nosotros que haya aceptado la entrevista —continúa el gigante pelirrojo del sombrero—. Este es un programa que emitimos la noche de los viernes desde la una a las siete...

—¿Tengo que estar aquí hasta las siete? —pregunto perplejo.

Sonríe y los mofletes se le inflan y sonrojan.

—No, no, usted no. Nosotros somos los que permaneceremos hasta las siete.

—Vale, vale. Por mí se pueden quedar a vivir aquí. A ver, tengo un poco de prisa, ¿cuánto va a durar la entrevista?

—Lo que usted quiera, pero más que una entrevista, pretendemos que nuestro invitado nos cuente historias para nuestros oyentes. Vamos, de lo que usted desee.

Buf, pues como os suelte el rollo de cómo veo yo la posmodernidad y la cantidad de sujetos descentrados que genera, os cierran el programa de inmediato y os retiran la publicidad de por vida. Entonces sí que serían Black Nights, pues os iríais a *negro*.

—Pase —indica David, abriendo la puerta de la cabina.

La muchacha abandona el ordenador portátil que tecleaba, se levanta y me estampa dos besos, al tiempo que

se presenta. Lorena es más alta de lo que aparentaba, pero igual de delgada y con un lunar postizo en el pómulo.

—Ese es su sitio —me indica la moza—. Y ahí tiene sus auriculares.

Los aparatos son amarillos, iguales a los suyos. Me siento y los recojo. Me los ajusto, pero me incomodan: rascan la calva. Tal vez tengo la testera demasiado grande. Mejor los quito.

—Si no me los pongo, ¿pasa algo? —pregunto, con suspicacia.

—No se preocupe. Lo oirá igual por ahí.—Y la muchacha, con la mano derecha, señala dos altavoces pequeños en las esquinas de la sala.

—Bueno, pues con esto ya estamos casi listos para comenzar —dice el gigante pelirrojo del Fedora, entrando en la cabina con una cesta repleta de viandas, como si hubiesen llegado los malditos Christmas Days.

De la canasta extrae una bandeja de embutidos que coloca en medio de la mesa; ubica junto a ella un queso curado que huele de maravilla, un chorizo —en cuya etiqueta leo «picante»—, dos botes de aceitunas negras, tres bolsas de avellanas y dos de patatas fritas, una con ajo y otra con pimienta. Cuando la muchacha reparte las viandas por la mesa sorteando cables y micrófonos, el gigante añade un taco de servilletas de papel, cuatro copas y cinco botellas de vino. Leo la etiqueta. Joder, un rioja de reserva. Y, como si fuera poco, suman un cenicero del tamaño de una sartén.

—¿Quiere decir esto que se puede fumar? —pregunto entusiasmado.

—¡Claro!—exclama el gigante al tiempo que se lía un cigarro con picadura de tabaco rubio.

—¿Y todo esto? —insisto, señalando los preparativos del festín.

—Es para pasar la noche lo mejor posible —y el del Fedora pasa la lengua por el papel de liar—. Regalo de nuestros patrocinadores. Ya sabe, algunos no ganan lo suficiente para pagarnos la publicidad y recurren al trueque.

Leo con detenimiento la etiqueta del chorizo. Cojonudo, es de León. El queso es de Zamora; el jamón, de Guijuelo; el vino, de la Rioja; las aceitunas van rellenas de anchoas de Santoña; las patatas fritas, de McCain; la...

—¿Siempre es así? —indago.

La chica y el gigante asienten al unísono.

—Pues amigos... —digo con una sonrisa, relamiéndome —, pueden contar conmigo las veces que quieran.

El del Fedora da una calada al cigarro recién liado. Me sumo con uno de mis pitillos con filtro. Él descorcha una botella y rellena cuatro copas. Las reparte entre el escuálido de la cabina, la muchacha, él y yo.

—Por el programa de hoy —brinda.

Y yo le doy un trago al jarabe riojano que me sabe a gloria.

—Entramos en dos minutos —anuncia el esmirriado desde la cabina de control.

—Ya sabe cómo va esto —me dice el tal David—: nosotros le vamos preguntando sobre casos policiales y usted nos contesta...

—Si me da la gana, ¿no? —me atajo, y le doy otro trago al vino.

—Por supuesto, por supuesto —manifiesta con una sonrisa forzada, encogiéndose de hombros y ajustándose el sombrero.

La cabina se queda en silencio. Aprovecho para dar otro sorbo al néctar de los dioses y probar una rodajita del chorizo. Cojonudo, picantito, como a mí me gusta. Falta pan, cojones, he de decírselo al del sombre... Nada, se ha

encasquetado los auriculares y no me oye. A lo mejor no tienen a ningún panadero entre los patrocinadores. Si lo llego a saber me traigo una barra de pan de casa.

Una luz roja se enciende. Suena una música que me parece haber escuchado hace años en *La Noche de Valpurgis*. Y a continuación la voz de megáfono del gigante:

—Bienvenidos a nuestra Black Fryday Night, el único programa nacional que analiza en profundidad el mundo del crimen, en la realidad y en la ficción. Les habla, como cada noche de viernes, su amigo y vecino, David. A mi derecha, nuestra asesora, la criminóloga Lorena que nos irá resolviendo dudas sobre...

Me evado con el caldo por el paladar. ¡Qué bueno está! ¡Qué buqué! Han traído cuatro botellas. No sé si serán suficientes.

—... y antes de presentarles a nuestro invitado, abramos el programa con un gran narrador de la América profunda, de la lucha terrible por sobrevivir de los habitantes de Estados Unidos durante la Gran Depresión. Él fue el juglar y el testigo de aquellos tiempos negros que sufrieron las gentes humildes. Con ustedes, Woody Guthrie... y su legendaria canción *This land is your land*.

This land is your land, this land is your land¹...

Que interesante es esto: te invitan a cenar, te ofrecen un vino de muerte y te enseñan eruditas cuestiones cuya existencia nunca hubieses sospechado. Vamos, una clase gratuita de cultura musical. Y todo por unas preguntitas de nada, que yo responderé como mejor me convengan.

I roamed and I rainbled and I followed my footsteps²...

Mientras suena esta balada country o lo que sea, yo a lo mío: una rodajita de chorizo, un taco de queso, una aceitunita con anchoa y un traguito de vino. Y una calada. Buf, qué placer. Me echo hacia atrás en el butacón. Esto es vida.

¡Leches! La luz roja se vuelve a encender. La canción debe estar terminando y se abren de nuevo los micrófonos.

This land was made for you and me³...

—Hasta aquí nuestro recuerdo de Woody Guthrie, ese maravillo juglar de los trabajadores pobres. Ahora, Lorena, con su sabiduría habitual, nos sacará de algún desliz histórico o lingüístico referente al mundo negro.

—Efectivamente, David. Hoy les vamos a desvelar un error sobre la etimología de la palabra «cadáver». Hay un bulo muy extendido, sobre todo en el mundo de internet, de que el término proviene de las sílabas iniciales de *Caro Data Vermibus*, «carne dada a gusanos» en latín, y se atribuye a San Isidoro. Sin embargo, tal expresión no existe en la obra de San Isidoro ni...

¡Qué lista parece esta chavala! ¡Ups!, además de una buena cena y un excelente vino, esta noche voy a salir de aquí con una cultura impresionante. Bueno, mientras ella nos ilustra, yo a lo mío.

—Muchas gracias, Lorena —interviene el del Fedora—. Y ahora, les vamos a presentar a nuestro invitado: al infalible, al inigualable comisario Gorgonio. Buenas noches, comisario.

—Buenas noches —saludo, tragando de golpe un trocito de queso—, pero no hace falta que usted me presente así. Yo en realidad solo he cumplido con mi trabajo.

—No sea modesto, comisario. Vamos a leer lo que ha dicho la prensa de usted: «Es como Poirot, pero de Fórmula

1»; «Donde pone el ojo, pone...».

—Déjelo, déjelo, por favor, que me sonrojo.

—Así es nuestro invitado: modesto, además de infalible. Aún recordamos aquel caso que usted solucionó en el Molinón⁴, en medio del partido entre el Sporting y el Real Madrid...

—Nada, nada, *peccata minuta* —pronuncio en mi latín de bachiller, para que vean que también domino idiomas.

—Modesto e infalible, a lo que añado: in-ter-na-cional. ¿Qué nos puede decir del asesinato resuelto de uno de nuestros generales de la NATO en el Centro Pompidou⁵? ¿O el de uno de nuestros senadores honorarios en El Ei⁶?

—¿El Ei? ¿Qué es eso?

—Acrónimo de Los Ángeles, comisario. Ele y A, en inglés El and Ei.

Asiento. Doy otro trago y otra calada. Buf, vaya noche que me espera: esto va de cultuquetas posmodernos, como si lo llevaran escrito en la frente.

—La información que nos han proporcionado es que usted, comisario, se ha especializado en los casos de «habitación cerrada».

—¿Habitación cerrada? ¿Qué es eso? ¿Otro *acrítico*?

—Con ese nombre, comisario, nos referimos a esos asesinatos difícilísimos de resolver, propios de asesinos muy inteligentes, generalmente cometidos en mansiones o salones cerrados donde nadie parece haber entrado o salido. Ya sabe, la estructura de la ficción construida por el gran Gastón Leroux en *El misterio del cuarto amarillo*. De ahí a hoy, los casos de habitación cerrada siguen siendo, para los escritores que se precien, como una especie de *pièce de résistance* del género negro, ya que...

Huy, huy, qué noche me espera. Esto en vez de una entrevista se está convirtiendo en una conferencia sobre la

ficción criminal en la que yo soy el único público presente. En fin, yo a lo mío: otro traguito.

—... de esa forma, la resolución de crímenes constituye algo así como la solución a un puzzle, en el que todas las piezas encajen. ¿No opina eso, comisario?

—Ejem... —Este mameluco me ha pillado otra vez con el taco de queso en la boca—. Verá, más que el símil del puzzle, yo prefiero hablar de motores.

—Interesante, interesante, continúe.

—Si un motor se detiene, es que algo falla. Alguna pieza no está donde debiera o, si está, hay que quitarla y sustituirla. Resolver un crimen es buscar la pieza que impide el buen funcionamiento del motor.

—Qué grande es usted, maestro.

¡Me gusta este chaval! Me llama «maestro», como a un torero de casta. Otro traguito. Buf, he de tener cuidado, que se me está soltando la lengua.

—Usted, comisario, ¿ha resuelto todos los casos que se le han presentado?

—Esto... No. Sí... Una vez... hubo uno que se me quedó a medias.

—La excepción que confirma la regla. Lo que les decía: infaliiiibleeeee.

—No siga por ahí, que me saca los colores.

—¿Cuándo ocurrió ese caso?

—Hace ya muchos años...

—¿Inexperiencia, tal vez?

—No, no fue eso. Se dieron otras circunstancias.

—Cuéntelo. Seguro que les interesa a nuestros oyentes.

—Sería demasiado largo.

—No importa, tenemos toda la noche, comisario. Otro trago. ¡Qué bueno está este cabrón de vino!

—Pues veré, recuerdo que...